

1.° de Septiembre de 1908. Año V. N.° 113.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.°, entr.° Apartado en Correos n.° 445.

Los falsificadores de moneda

Los lectores conocerán seguramente, por la lectura de la prensa diaria, todo lo referente al descubrimiento de fábricas de moneda falsa.

La recogida de los famosos duros sevillanos, que tanto ha dado que hablar y cuyas consecuencias para el comercio y para el público pagano se ignoran á la hora en que escribo estas cuartillas, ha sido la causa indirecta de que se conozca algo de la falsificación.

Es muy frecuente en este país, y yo creo que en todos, censurar de continuo á la Policía.

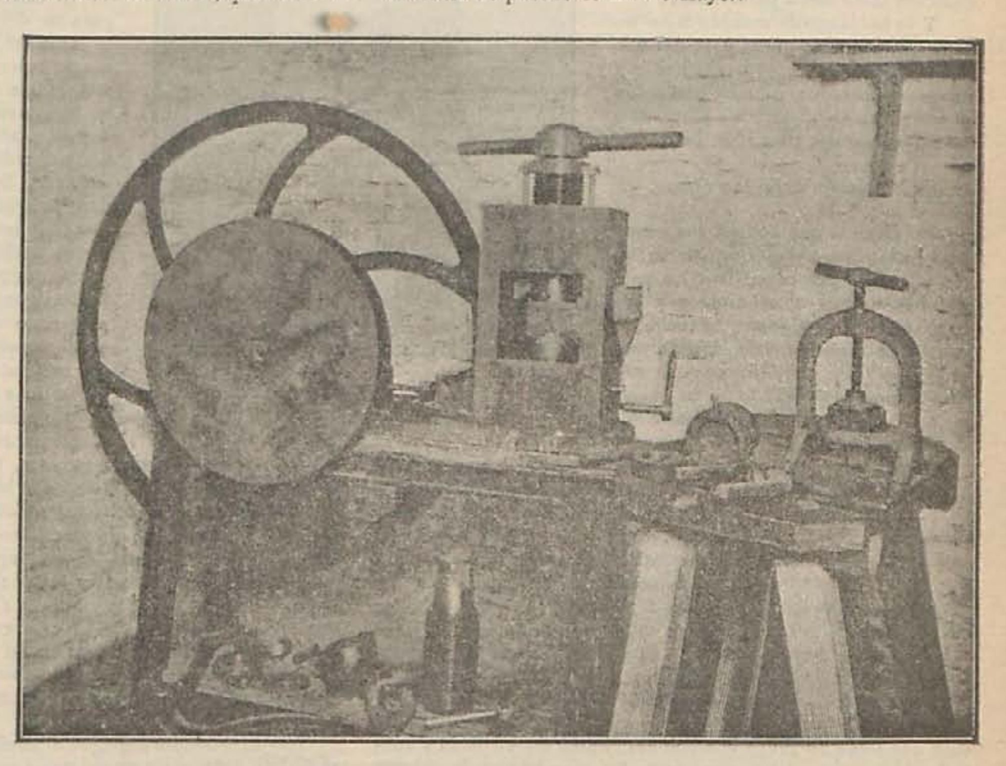
Los crímenes se suceden con frecuencia inaudita, el ciudadano pacífico se ve en la necesidad de llevar en el bolsillo un verdadero arsenal de armas de fuego y blancas, si quiere librarse de las tropelías de los *apaches*, está expuesto á dar un billete de banco para satisfacer el pago de una peseta y encontrarse con que de las veinticuatro que le devuelven, quince son en monedas de á duro (dos de ellos sevillanos) y el resto en pesetas de dudosa procedencia, alguna fabricada con cucharillas del Rastro.

—Y ¿quién tiene la culpa de esto?—vuelven á preguntarse los españoles.

Pues la Policía y nada más que la Policía; la respuesta es siempre la misma.

No pretendo, ni mucho menos, romper lanzas en favor de la Policía; soy el primero en reconocer sus errores y otras cosas; pero como lo cortés no quita lo valiente, bueno es también que se sepa que no siempre los polizontes son los causantes de nuestras desdichas y que en sus manos no está, ni mucho menos, evitar aquello que no pueden.

Una de las cosas que más contribuyen, indudablemente, á que los criminales no parezcan, los rateros campen por sus respetos y los falsificadores de billetes y de moneda hagan su agosto es, indudablemente, la organización. El personal es escaso y presta el servicio por parejas y por turnos. Se ve precisado, si ha de cumplir su misión como es debido, á no salir de la zona que se le asigna, que por lo general, y debido precisamente á la escasez de agentes, es siempre el sitio donde la afluencia de público es mucho mayor.



Maquinaria descubierta por la Policía para la fabricación de moneda ilegítima.

Las calles retiradas de las afueras ó las excusadas de cada distrito, apenas si de año en año reciben la visita de algún agente de la autoridad.

¿Dónde pueden reunirse los falsificadores de moneda ó de billetes? Indudablemente que no se les habrá ocurrido establecer su ilícita industria en las calles de Alcalá, Montera, Barquillo, Mayor, etc., etc.... Buscan siempre lugar apartado donde poder dedicarse con cierta tranquilidad á su comercio, sin tener que temer que los paseos de los agentes puedan sospechar el tráfico á que se dedican.

Dirán muchos que todo esto es cierto y que el agente no es responsable de que la organización no permita otra cosa.

Exactísimo.

Pero se me ocurre preguntar: ¿y por qué no se tienen en cuenta todas estas cosas?

El inspector y el agente que están al servicio de un distrito determinado, ¿deben aguardar la socorrida confidencia para realizar servicios? No, indudablemente.

De esto están todos convencidos, pero mientras no se modifiquen los reglamentos, tendrá que seguir sucediendo lo mismo.

Indudablemente, tanto para perseguir á los falsificadores, como para evitar los timos del entierro y otra porción de cosas con que nos amenaza á diario el hampa, sería mucho mejor la formación de una ronda especial encargada de ello, y que el personal de las Comisarías, ayudándoles desde luego, se limitase á la vigilancia de su distrito.

No sólo este procedimiento daría mejores resultados, cuya beneficiosa influencia no tardaría en tocarse, sino que se evitaría que cuando surge un hecho extraordinario y hay necesidad de gente para ponerse en la pista, los asuntos del distrito (me refiero á la vigilancia en la calle), quedan por completo desatendidos.

Pero basta de filosofía y de preámbulo, y circunscribiéndome al objeto de estas líneas, recordaré que obedecen desde luego al descubrimiento de fábricas de moneda falsa en la calle de Bravo Murillo y Vallehermoso y en el pueblo de Tauste. La noticia y el descubrimiento merece toda clase de plácemes. ¡Lástima que estas fábricas descubiertas no hubiesen sido las han soltado á la circulación tanto disco perturbador!

Y ya hablando de moneda falsa, no están de más unas líneas para dar una idea al lector de los procedimientos y medios empleados para la acuñación de monedas de plata ó no plata, con más ó menos ley, pero ilegítimas.



D. Julián Sánchez Machero,
jefe de la ronda de S. M. el rey.

Principio quieren las cosas.

Lo primero que buscan los monederos falsos para el ejercicio de su industria es un socio capitalista. En otras clases de delitos, el criminal arriesga su libertad, y en algunas, contadas, el pellejo; pero en la fabricación de moneda falsa se expone otra cosa que muchos aprecian en más: el dinero, necesario de todo punto para montar la industria.

No es, pues, extraño que el socio industrial tropiece con grandes dificultades para encontrar la persona que ha de facilitar los medios para que la fábrica pueda funcionar, y estas dificultades hacen que los que eligen estos medios de lucro miren despreciativamente al resto del hampa, considerando que para robar un bolsillo ó una cartera no se necesita más que astucia y alguna habilidad, mientras que para fabricar moneda ilegal hacen falta dinero y gran suma de conocimientos.

Una vez encontrado el socio capitalista que dé los cuartos para la adquisición del material necesario, buscan un *casero*, es decir, un sujeto que suele ser albañil ó de otro oficio, y en la mayoría de las veces, algún tendero modesto. El *casero*, si la casa que tiene no reúne condiciones, busca nuevo local y subarrienda la cueva á los mecánicos. En ningún caso la fábrica funciona en el mismo local en que vive el socio capitalista.

Este tiene, por lo general, una tienda modesta, una trapería ó cacharrería, para que no llame la atención del público y de la Policía la entrada y salida frecuente de los socios industriales.

Una vez instalados los socios industriales en la casa que se ha alquilado para la fabricación de la moneda, montan una herrería y van llevando á la casa las diferentes piezas de máquinas que han adquirido en el Rastro ó en alguna prendería y proceden al montaje en los sótanos.

El primer trabajo de los mecánicos en la herrería es arreglar todo lo adquirido, y poco á poco, con habilidad suma, reconstituyen la maquinaria necesaria para la fabricación.

En muchos casos, en la imposibilidad de encontrar las piezas que se necesitaban para que la máquina funcionase, han ideado una que ha servido cumplidamente para su objeto.

Terminados todos estos trabajos y montadas también las máquinas auxiliares, avisan al socio capitalista en cuyo poder están los troqueles, que son dos, uno para el anverso y otro para el reverso de la moneda.

Las máquinas que se usan generalmente son: una laminadora cortadora, siendo ésta de dos clases: de volante ó de rueda, y pueden servir estas máquinas para otros usos; así se explica que muchas veces no se haya podido condenar á los monederos falsos, al no encontrar los troqueles y la moneda acuñada y encerrarse los detenidos en la negativa más rotunda respecto á su ilícita industria.

Para la fabricación de la moneda especialmente, hay otra máquina llamada *tórculo*, que se utiliza para bordearlas.

Los troqueles son dos juegos, como queda dicho, anverso y reverso, construídos, por lo regular, en Barcelona, Bilbao y Valencia, que es donde con mayor perfección se imitan los legítimos.

Fabricación de la moneda y su valor.

Una vez en condiciones la fábrica, el socio capitalista adquiere, por sí solo ó por mediación de otras personas, metal, (plomo con diferentes ligas) y plata en rama.

El metal lo compran en el Rastro ó en las prenderías, sirviéndose, generalmente, de cucharillas ó cubiertos viejos y pagando por cada kilogramo 75 céntimos.

La plata en rama la compran en pequeñas cantidades, generalmente, en diversas casas de compraventa, para no despertar sospechas.

Una vez adquirida la materia prima, la entrega á los socios industriales y empiezan éstos la fabricación. Hasta no hace mucho tiempo, para las monedas de plata de peseta y dos pesetas han utilizado moldes de escayola y han empleado la plata en muy corta cantidad, lo que daba por resultado que estas monedas resultasen muy toscamente hechas y muy fácil distinguirlas de las legítimas; pero como todo se perfecciona, han comprendido que era preferible disminuir la ganancia en cada moneda aumentando la plata, y así, teniendo más fácil salida, poder lanzar más al mercado.

De plata, con la ley legal en peso, no se fabrican, ordinariamente, más que las monedas de cinco pesetas. La aleación es casi idéntica á la oficial usada en la Casa de la Moneda. Uniendo á esto que los troqueles son legítimos, se demuestra el sinnúmero de monedas que han venido circulando con el nombre de duros sevillanos, aunque no es aventurado suponer que la enorme cantidad de duros ilegítimos procede de fábricas montadas en grande escala. Fabricada la moneda, pasa á poder del socio capitalista, que procura siempre ocultarla en casa distinta á la en que él vive, para despistar á la Justicia en caso de sorpresa.

Surgen entonces los expendedores, á los que no se les entrega nunca la moneda en la casa, sino en la calle y cambiando de sitio.

Los expendedores pagan al capitalista por la moneda falsa el 60, 75 ú 80 por 100 del valor que representa, dependiendo esto, como es natural, de la mayor ó menor perfección con que han sido construídas.

La moneda de metal se adquiere en los siguientes precios: la de cinco pesetas en 1,50 y la de dos pesetas á 50 y 75 céntimos, cuando más.

Como verán los lectores, con la moneda falsa de mala calidad ó burdamente hecha, la ganancia es mucho mayor para el expendedor; pero, en cambio, es mucho más difícil poderse desprender de ella.

Las fabricadas de plata de ley, que son siempre de á duro, salen de coste al fabricante á 13 reales, y éste las vende al expendedor á 17, resultando, por lo tanto, un beneficio de peseta por duro. De estas piezas, con una máquina regularmente construída pueden fabricarse al día unas doscientas.

Se me olvidaba consignar que en la mayoría de estas fábricas de moneda ilegítima se utilizan unas chimeneas hidráulicas de sistema especial para evitar la salida del humo al exterior.

Ganancia y exportación.

Cuando el capitalista ha logrado soltar la moneda acuñada, el negocio para él ha terminado. Si cuenta con el dinero suficiente ó que él calculaba para pasar holgadamente el resto de sus días con tranquilidad, desaparece de la escena. Muchas veces la ambición, sin embargo, le hace reincidir, siéndole entonces más difícil lograr su propósito.

El expendedor tiene que luchar más tiempo para dar salida á la mercancía, y á veces no lo logra sino á medias y se ve encarcelado, perdiendo no sólo la libertad, sino el dinero que había empleado en adquirirlas. Lo peor para ellos es que la mayoría son conocidos de la Policía y al menor descuido los ponen *á la sombra*.

Otro de los medios que suele utilizar el capitalista para deshacerse de la moneda falsa es la exportación.

Es más difícil, pero la ganancia es mayor.

Los que se dedican á esta industria punible saben á qué personas y en qué poblaciones tienen más fácil salida. Se pone al habla con ellos por medio de cartas, utilizando siempre frases convenidas, enviando siempre, también, señas distintas y en diversas calles para la contestación, y una vez de acuerdo, remite el *género*.

Lo general para exportarlas es enviar barrotes, lingotes, etcétera, rellenos de moned s, procurando que éstas ajusten perfectamente, para que con el movimiento no se note el contrabando.

Se han enviado en cajones, pero esto ha sido descubierto repetidas veces y por eso se emplean los otros procedimientos citados como más seguros.

En cierta ocasión, se comprobó que se habían utilizado camas doradas para la exportación de la moneda.

Como principales fabricantes industriales se recuerdan á Rafael Robles Palenciano (a) *el Gorra* y á su hermano Eduardo, muerto en el presidio de Ocaña, donde fué á cumplir condena por la fabricación que estableció en la calle de Santa Polonia, núm. 8, piso bajo, donde fué preso en junio de 1900, juntamente con otro, apodado *el Torero*, y el socio capitalista Manuel Caballero.

Este servicio lo llevó á cabo con inteligencia el entonces delegado de la Inclusa D. Julián Sánchez Machero.

Las medallas republicanas.

Á principios del año de 1904 empezaron á circular por Madrid unas medallas republicanas.

Las autoridades, al enterarse de ello, dieron órdenes terminantes á la policía para que se recogiesen las medallas, y no faltó policía experto que manifestase al entonces gobernador de esta corte que las medallas no se fabricaban aquí.

Costó no poco trabajo encontrar la pista. Un agente se puso de acuerdo con el expendedor y se citaron en una taberna de la calle de la Paz. Un inspector, puesto de acuerdo con el policía, dijo que pasaría por la puerta y si sobre la mesa había una cajetilla de 45 céntimos es que el sujeto llevaba encima las medallas.

Así se hizo, y detenido el sujeto, se le encontró una cajita de píldoras. En la superficie había algunas pastillas de clorato, y en el fondo cinco ó seis medallas. Estas eran monedas de dos reales. En el anverso se había borrado la inscripción de la parte baja, colocándose otra en su lugar, que decía: *Lo que se va;* y en el reverso se había borrado el escudo y en el centro se veía un gorro frigio, un sol naciente y una inscripción diciendo: *Lo que viene*.

Interrogado el expendedor, se supo que estas medallas se hacían también con monedas de á peseta y con monedas de oro de cinco duros; pero de estas últimas no pudo recogerse ninguna. Se construían en una casa de la calle de Tetuán.

Fábrica de moneda falsa.

El actual jefe de la ronda de S. M. el rey, D. Julián Sánchez Machero, ayudado por el agente D. Víctor Anacleto García Calvo, prestó un excelente servicio descubriendo una fábrica de moneda falsa en la calle de Bretón de los Herreros, 19.

Tardóse no poco tiempo en dar el golpe decisivo, porque los monederos falsos, enterados de la vigilancia de que eran objeto, cambiaron tres veces de domicilio, y se quería dar el golpe cogiéndoles *in fraganti*.

Este servicio mereció no pocos elogios de la Prensa, que se ocupó de él con extensión, y como no está aún muy lejano y todo el mundo debe recordarlo, no hago más extenso este artículo.—*Manuel María Rolo.*

Duelo interrumpido

Hace varias semanas que ciertas diferencias separaban á dos convecinos de la calle de Simon-le-Franc, en París.

Llamábanse Juan Marchelier y Luis Martín, maquinista y camarero de café, respectivamente.

El primero había hecho un préstamo al segundo hace algún tiempo, sin que, á pesar de los frecuentes recordatorios, lograse recuperar el dinero.

Pensando cómo podría, si no adquirir lo que había perdido, al menos algo equivalente, aprovechó una ocasión en que se encontraba ausente el deudor y se introdujo en su habitación y después de rebuscar lo que podía serle más útil y que equivaliera á la cantidad prestada, se apoderó de unas prendas de vestir y de un revólver.

Cuando regresó el inquilino notó la falta de aquellos objetos y supuso en un principio que se trataba de un robo; poco después pudo convencerse, por los vecinos, de que no había tal cosa y su acreedor era el autor del hecho.

En vista de ello, decidió buscarle, dispuesto á no pagar en esa forma su deuda; le encontró por la noche en el bulevar, y después de una breve discusión, decidieron resolver el asunto en el campo del honor.

Se dirigieron á la calle de Notre Dame de Reconnaisance, en la que Marchelier de pronto disparó un tiro á su contrincante, que no hizo blanco. Martín se precipitó sobre su agresor y logró arrojarlo al suelo y cuando se disponía á darle de puñaladas se presentaron oportunamente tres agentes ciclistas, que detuvieron á los dos, conduciéndoles á la Comisaría.

Parece que los dos sujetos tienen algunas cuentas pendientes con la Justicia.

Un parricidio.

Un hijo natural mata á su padre por salvar la honra de su hermana.

En Freneuse (Francia) se ha cometido un crimen horrible, cuyas causas, al conocerse, han producido honda impresión en el vecindario.

Pedro Brossard amaneció muerto en la mañana del 5 de agosto, y no tardaron en recaer sospechas en un hijo natural del muerto.

Detenido el hijo, pudo confirmarse que, en efecto, él era el autor de la muerte de su padre, diciendo para disculparse que lo había hecho para salvar la honra de su hermana.

Esta, llamada Herminia Baumer, de diez y siete años, hija natural también del muerto, declaró que en distintas ocasiones había intentado su padre abusar de ella, amenazándola de muerte al ver que se resistía.

Esta declaración se ha confirmado plenamente por las de varios testigos, que dijeron haber oído proferir las amenazas y ver cargar una escopeta.

Una confrontación ha seguido á estas declaraciones, permitiendo reconstituir los hechos en la siguiente forma: Herminia, asustada por las amenazas del padre, abandonó la casa. Brossard, furioso, se dirigió á su mujer diciendo que ella era la culpable de todo y disparó un revólver, resultando ella ilesa y huyendo de la casa, no sin coger el fusil. Vió venir al hijo, y entregándole el arma, dijo: ¡Sálvanos!; disparando él con tal acierto, que dejó muerto á su progenitor casi instantáneamente.

Los dramas del amor.

Una continuada serie de crímenes, en los que el amor fácil, en la mayoría de las veces, juega su papel más importante, se vienen registrando en Francia.

Son los crímenes que nuestros reporters han designado, equivocadamente, con el nombre de crímenes pasionales.

Crimen y suicidio.

El primero de los hechos á que hacemos mención se ha desarrollado en el barrio del Arsenal, de París.

He aquí la historia:

Hace cuatro meses, en un hotel de la calle de Tournelles se presentó una elegante joven y alquiló una habitación del piso tercero, inscribiéndose con el nombre de Germana Fleur, de veinticinco años, costurera y natural de Turin.

La nueva inquilina permanecía todo el día en la calle, regresando siempre por la noche, bastante tarde. Algunas veces recibía la visita de un joven de profesión *chauffeur*.

Hace ocho días que al salir dijo al portero:

—Si viene algún señor preguntando por mí, que me espere.

Al regresar encontró al que la esperaba, y después de un buen rato de conversación, alquilaron otra habitación próxima á la de Germana, con destino al joven.

Este último se inscribió con el nombre de Camilo Eugenio Javelot, de veintisiete años, matarife, natural de Ballay (Ardennes).

Hace tres días, los inquilinos vieron que se abría de pronto la ventana y Germana decía con voz angustiada:

—¡Socorro!, ¡socorro! ¡Que me va á matar!

Y, á continuación de esto, se oyeron cuatro detonaciones.

Acudieron los inquilinos y vieron que en el suelo, á los pies de la cama, se hallaba Germana, retorciéndose, en un charco de sangre, y en otro extremo de la habitación, también bañado en sangre, el cuerpo de Camilo.

Conducidos al hospital, se les practicó la primera cura, declarando ella que se ocupaba en redactar un despacho para los padres de él, cuando le vió con el revólver y pidió socorro.

Esta declaración era inverosímil: pero la verdad ha podido saberse, gracias á la famosa *Casco de Oro*, que ha manifestado que la mujer herida, cuyo verdadero nombre es el de Margarita Canalé, conocida por la *Española*, era una *demimondaine* de baja estofa, que había hecho furor, no hace muchos años, en las cervecerías.

El hombre que la ha herido se había arruinado por ella, y, ahora que no tenía un céntimo, quería deshacerse de él, é indudablemente, al manifestar ella sus propósitos fué cuando él la agredió.

Las bravías.

No sólo á las madrileñas de rompe y rasga puede aplicárseles el título que encabeza este segundo drama de amor.

En Coti, dos mujeres han dirimido á cuchilladas una discusión en la que pretendían demostrarse cuál de las dos tenía más derecho para conservar el cariño de un hombre.

Juana Laporte y Enriqueta Ambry estaban prendadas de los hechizos de un famoso *souteneur*, y sospechando la primera que Enriqueta trataba de arrebatarle á su amante, la buscó y empezaron á cuestionar. Enriqueta respondió con vivacidad y, sin duda, fundándose en el refrán de que quien da primero da dos veces, propinó á su contrincante un soberbio puñetazo.

La cuestión se agravó con esto, y varios hombres, entre ellos el amante discutido y tres ingleses, presenciaban impávidos la escena.

Enriqueta, conceptuando que los golpes no eran suficientes, sacó un cuchillo que logró arrebatárselo Juana, y ésta le causó dos ó tres heridas en la cara y en un brazo.

Creyéndose con esto vengada, se retiró tranquilamente con algunos espectadores, pero Enriqueta pudo correr tras ella y hacer que unos agentes la detuvieran en el bulevar de Sebastopol.

Una venganza.

Al mismo tiempo que ocurría el suceso relatado anteriormente, la Policía encontraba cerca de los mercados centrales, tendido en la acera, el cuerpo de una mujer.

Conducida á un hospital próximo, resultó ser una mujer de vida airada, llamada Victorina Dubois.

Dijo que no sabía quién la había herido; pero posteriormente confesó que la lesión que padecía se la había producido con un estilete un antiguo amante suyo, con el que no había querido reanudar sus antiguas relaciones.

A casarse por fuerza.

Y vamos con el cuarto, que ha ocurrido también en París, en el barrio de Buttes-Chaumont, cerca del parque.

María Beitz, de veinte años, conocida en el mundo galante por el sobrenombre de *Saurs Tifs*, conoció en un baile, el 14 de julio, á un italiano llamado José. Se hicieron amigos y concluyeron por hacer vida en común durante la noche.

El sabado último, á la una de la tarde, encontró á su amante y estuvieron juntos en un hotel hasta la oración. Después se marcharon á un café donde bebió él gran número de bocks, separándose luego para ir á cenar con sus compañeros.

Volvieron á enconcontrarse por la noche y estuvieron jugando á las cartas hasta media noche. Al terminar la partida él estaba en completo estado de embriaguez.

Al salir, José se acercó á María, y cogiéndola de un brazo, le dijo:

—Tú serás mi mujer... Vamos á casarnos... Lo quiero.

—Te burlas de mí—respondió ella—, y, sobre todo, no me gusta ese tono autoritario que empleas.

Por toda respuesta, sacó un estilete y corrió detrás de su querida, pudiendo ésta refugiarse en un establecimiento. A poco volvió á salir acompañada de un sujeto apodado *Loco de Amor*, y éste manifestó al borracho:

—Esta es mi hermana, y te guardarás de hacerle el menor daño. Pero el borracho á poco volvió á la carga, y entonces se presentó otro nuevo sujeto, que dijo:

—María, adelántate y deja que yo me entienda con él.

Pero no tuvo tiempo, antes de dirigir una palabra al italiano, había recibido una tremenda puñalada en el pecho, que el borracho le asestó con el estilete.

Se ignoran el nombre y apellidos del muerto, y el asesino no ha sido aún capturado.

Por quererse divorciar.

Un repostero, de cuarenta años de edad, llamado José Basi, contrajo matrimonio hace algún tiempo en Guisseray, con una joven de extraordinaria belleza, llamada Adela Rousseau, y poco después del matrimonio se estableció en París.

Los primeros meses de felicidad se trocaron en continuados disgustos, y la mujer, no pudiendo soportar esta vida, abandonó el domicilio conyugal y se reunió con su madre.

Esta separación hizo que él se arrepintiera de la conducta anterior é hizo todo lo posible por volver á reunirse con su mujer; pero ésta, que pensaba de distinto modo, entabló la demanda de divorcio.

Hace pocos días, la mujer marchó al domicilio conyugal, no para reanudar la vida en común, sino para buscar algunos objetos de uso personal. El marido, que había sido prevenido de la visita, se dispuso á ayudarla y después la acompañó.

En el trayecto le propuso reanudar su antigua vida y ella rehusó enérgicamente.

El, desesperado por la negativa, sacó un revólver del bolsillo é hizo tres disparos, cayendo ella al suelo bañada en sangre; después se aplicó el revólver á la sien y se disparó un tiro, cayendo al suelo sin vida.

El estado de la mujer, aunque grave, no es desesperado.

Crimen en un tren.

En el número anterior dimos cuenta del crimen cometido en el ferrocarril de Rouen el día 5 de agosto.

Con posterioridad, hemos sabido la detención del autor, y la prensa francesa dedica varias columnas relatando pormenores y antecedentes del hecho, que, por considerar de interés, damos en extracto á nuestros lectores.

* * *

El verdadero nombre del autor del crimen, que se hacía llamar Pedro de Gusmao, originario de Portugal, era el de Duarte Ferrasi, natural del Brasil, y ha sido detenido por la Policía, que ha practicado un registro en su domicilio, encontrando documentos que serán de gran utilidad para la Justicia.

Los esposos Jardou.

En el núm. 168 del bulevar Montparnasse, existe una modesta tienda donde vive el matrimonio Jardou, ya de edad avanzada, que abrieron hace catorce años.

El comercio es de muebles nuevos y usados.

El marido estuvo empleado durante veinticinco años como cajero, en casa de un sastre de renombre, y con las economías realizadas montó el establecimiento.

Del matrimonio tuvo tres hijas, todas de gran belleza: Blanca, Adriana y Margarita.

Las dos primeras están casadas. Adriana ha sido la víctima de la tentativa, y Margarita era la novia del asesino.

Margarita había debutado como actriz en las Folies Dramatiques, después en el Ateneo y, por último, se dedicó á aprender bailes españoles, creyendo que esto había de producirle mayores ingresos. Adoraba el barrio latino y en una cervecería del popular barrio de los estudiantes conoció á Gusmao, que se enamoró de ella, no tardando en ser correspondido.

El hizo creer que era poseedor de una gran fortuna, hijo del barón San Martino de Dumo, y que al llegar á la mayor edad le entregarían todos los bienes de su difunta madre.

El pseudo Gusmao se estableció en París, disipando rápidamente 2 750 francos de que era poseedor, y pidió prestado á los padres de su novia, que no tuvieron inconveniente en darle dinero, pagarle algunas deudas y el alquiler del hotel en que vivía.

Margarita, al enterarse de estos hechos, quiso dejarle; pero él la amenazó con matarla, y ella, por miedo, continuó las relaciones.

El robo.

Pedro de Gusmao pasaba la mayor parte del tiempo en casa de su novia, y como todo llega en este mundo, llegó la fecha de la mayoría de edad, el 21 de julio último.

Transcurridos unos días, empezó á entregarse á actos de desesperación, por no llegar el dinero que esperaba de su familia, ni la herencia materna.

—Mi padre me olvida—decía, arrancándose los cabellos.—Me obligará á que realice una mala acción.

—Hace cerca de tres semanas—ha dicho M. Lemaire, el marido de la víctima de Gusmao, mi suegro se apercibió de que la caja de caudales había sido violentada y faltaban 300 francos. No hizo ninguna denuncia, y se contentó con enviar la caja á un cerrajero, para que le cambiase la cerradura. Y mientras le restituían la caja, llevaba encima toda su fortuna, 7.000 ú 8.000 francos en metálico.

La semana última, cometió la imprudencia de colocar los títulos y los billetes de banco en un armario que había en su habitación, y dos días después los 48.000 francos desaparecían, y Pedro también.

Se hicieron pesquisas y se supo que Gusmao estaba en Trouville. Me dispuse á ir á buscarle, pero mi mujer se opuso. «No—dijo ella—, con tu carácter violento, lo echarías á perder. Déjame á mí. Iré á Trouville con Margarita, encontraremos á Pedro y le obligaremos á que nos siga á París.»

El crimen.

Adriana Lemaire marchó á Trouville, en unión de su hermana, y no tardaron en encontrar al novio infiel y ladrón en el casino. El suplicó, prometiendo devolver el dinero, que decía haber dejado en el Havre en el hotel Normandía.

He aquí cómo cuenta la víctima lo ocurrido:

«El tren iba á partir, y no tuve tiempo sino para saltar á un vagón, dejando á mi hermana en la fonda.

En el Havre, Pedro me devolvió los 40.000 francos en títulos, y de los 8.000 en metálico me entregó 5 000, por haber gastado lo restante, según dijo.

Como estaba deseando reunirme á mi hermana, decidí marchar por la línea Rouen, Oissel y Lissieux. Un tren que salía á las diez y once, llegaba á Trouville á las cinco de la mañana.

Pedro manifestó deseos de marchar conmigo, mostrando tal arrepentimiento por su acción, que le permití que me acompañase, y entramos en un departamento de primera clase.

Todo marchó bien hasta Oissel, donde cambiamos de tren y me quedé dormida.

Después, no recuerdo bien el tiempo transcurrido, sólo sé que desperté sofocada por la presión de las manos de Gusmao, y que luchando por desasirme, me hizo varios disparos, hiriéndome ligeramente.

Al ver la sangre, tal vez creyó de más gravedad mi herida y huyó. Yo caí desvanecida, y el resto ya lo saben los lectores.»

En el vagón donde se cometió el atentado, se encontraron incrustadas en la madera dos balas blindadas de 7 milímetros.

El estado de la víctima es grave, aunque los médicos no desconfían de salvarla.

Los homosexuales y la prisión de Cherburgo.

Con fecha del 15 de agosto último, publican los periódicos franceses un telegrama de Cherburgo, que para dar idea de su contenido basta consignar los títulos con que lo encabezan: *En la prisión de Cherburgo; El jardín de los suplicios.*

El telegrama está concebido en los siguientes términos:

«A consecuencia de los hechos escandalosos que han tenido por escenario la prisión de Cherburgo, se ha sentido la necesidad de abrir una información, para depurar todo lo ocurrido; entre otras cosas, el llamado «suplicio del toreador», y otros no menos repugnantes.

»Se afirma que, diariamente, los detenidos se entregaban á los actos más escandalosos. La homosexualidad se practicaba en todos momentos, casi á la vista de los vigilantes, que, no ignorando nada, se declaraban impotentes para evitarlo, por no decir indiferentes.

»Las escenas de que se trata son de una violencia inaudita. Los detenidos daban pruebas de un furor tremendo, sobre todo, cuando llegaba algún detenido nuevo. Entonces, él era una de las víctimas. Si el recién llevado era agradable ó sencillo, era objeto de odiosas proposiciones. Si rehusaba someterse á sus compañeros, se le golpeaba y se le obligaba á someterse á su triste suerte. Los guardianes han citado el caso de un desgraciado novicio, que después de haber sido echado por tierra á fuerza de golpes, por haber hecho viva resistencia á sus compañeros, fué sujetado por una docena de brutos, y uno después de otro, le sometió á pruebas á cual más indignas, dejándole en un estado lamentable. Como había sido amenazado de muerte, no se atrevió á decir nada.»

El Imperio de Marruecos.

Los sucesos que vienen desarrollándose en Marruecos de algún tiempo á esta parte dan una actualidad palpitante á todo lo que concierne al Islamismo. La frase *la guerra santa* se repite frecuentemente, y no pocos se preguntan curiosamente si llegará á realizarse esta amenaza, y si, de llevarse á efecto, tendrá consecuencias graves para la paz del mundo.

Para poder responder á esta pregunta, mejor dicho, para que el lector pueda formarse una verdadera idea del asunto, nada mejor que analizar, siquiera someramente, la existencia de los pueblos musulmanes.

* * *

Por la lectura de la prensa diaria conocerán nuestros lectores la enorme derrota sufrida por las tropas de Abd el-Azis y el triunfo de Muley-Haffid, ya proclamado en Tánger como descendiente del Profeta.

Todos estos hechos influyen notablemente en la política internacional, y España, que por su situación y su historia está íntimamente ligada al Africa, ha de ser una de las naciones que más de cerca toquen las consecuencias de este cambio de monarca.

Decíamos en el encabezamiento de estas líneas que nada mejor que conocer al pueblo marroquí en sí mismo, para saber si esta paz será duradera, si se arraigará el nuevo sultán, etc., etc.

Para conocer todo esto, importa sobre todo saber algo de su religión y sus sectas y asociaciones, origen de todas las revueltas del imperio.

* * *

La historia ó la leyenda, escoja el lector lo que quiera de ambas cosas, nos dice que el idólatra Ocaid, dejando la piqueta, se sentó en el suelo, preguntando:

—¿Qué es preciso hacer para entrar en esta religión?—dijo á un musulmán que acababa de iniciarle en los misterios del Corán.

—Purificarte con el agua—respondió el interrogado—y declarar solemnemente que no hay más Dios que Alhá, y que Mahoma es su Profeta. Así, de un modo tan sencillo, se poseen las primeras bases de una de las religiones más importantes del mundo.

En efecto, la sencillez misma de los ritos musulmanes contribuye al poder de la religión. Recuerden nuestros lectores como típica manifestación la voz del *Muezzin* á la puesta del sol, á cuya hora se congregan los fieles en la mezquita para implorar el santo nombre de Alhá.

Ocurre, además, con esta religión la particularidad de que no hay misiones encargadas de adquirir prosélitos; tal vez sea de las pocas ó única que, estando tan extendida, no acuda á tales procedimientos, en uso en otras muchas.

Los mahometanos están extendidos por todas partes. Los hay en China, en las Indias, en Australia, en el continente negro, en el Japón, en Europa, y detallando más, puede decirse que tiene prosélitos en el Turquestán ruso y chino, en China, Java, y Birmania, Indias, Afghanistán, Beluchistán, Persia, Maxati, Zanzíbar, Madagascar, Mozambique, Yemen, Arabia, Egipto, Siria, Turquía europea y asiática, Montenegro, Bosnia, Argelia, Túnez, Kabilia, Marruecos, Sahara, Sudán, Senegal, Congo, Albania, y puede que se haya quedado alguno en el tintero.

Pero actualmente, la religión mahometana en sí no constituye el mayor peligro. Este, considerando que realmente existe, está aumentado por las Asociaciones, cuya fórmula de ingreso es poco más ó menos como sigue:

«Tú serás en las manos de tu morabito como el cadáver en las manos de un anatómico. Obedécele en todo lo que te ordene, porque es Dios mismo quien manda por boca suya. Desobedecerle es incurrir en la cólera divina.»

Y el Estado musulmán se ve precisado á contar con este estado nuevo, estado gigantesco, sin límites, compuesto de centenares de Asociaciones, que persiguen todas, y aunque por muy distintos medios, el mismo fin.

Pueblos que profesan la religión mahometana

Para convencer más á los afiliados, los jefes se valen de infinidad de supercherías, que tienden todas á robustecer su autoridad entre los fanáticos.

Estos sectarios no han pactado jamás con el enemigo, ni con los que quieren mostrarles el camino del progreso.

Cada vez que un cristiano ha estado en contacto con el pueblo musulmán, ha sentido el peso y la influencia de las Asociaciones secretas.

El mismo Bonaparte, durante la campaña de Egipto, y á pesar de sus declaraciones en favor del Islam, fué combatido sin tregua por los emisarios de las Sociedades que excitaban á la sublevación.

No es de extrañar tampoco que los sultanes, aparte de su indiferencia de raza, y temiendo á las Asociaciones, se opongan sistemáticamente á todo adelanto y que Abd el-Azis respondiese á un diplomático que le proponía la construcción de un ferrocarril:

—No sé cómo voy á consentir en esa autorización que me pedís. Mis abuelos no han conocido los caminos de hierro, y yo no debo hacer lo que ellos no han autorizado.

Organización de las Asociaciones.

No es tan fácil fijar con exactitud el número de Asociaciones secretas, aunque sin temor á equivocarse se puede calcular que la cifra se eleva á unas tres cuartas partes de la población musulmana. Solamente en el Norte de Africa existen más de noventa Asociaciones.

A la cabeza de cada una de ellas se encuentra un jefe que da las órdenes y percibe como emolumento, en forma de impuesto, una crecida cantidad en metálico ó especie, de los afiliados.

Por regla general, los jefes de estas Asociaciones son elegidos entre los jerifes que descienden del Profeta. El número de estos descendientes es considerable, y si bien es verdad que los hay ricos y poderosos, otros, en cambio, se encuentran en la mayor miseria. Pero en un caso ó en otro, todos gozan de privilegios extraordinarios, y ningún musulmán se atrevería á desconocerlos.

Cualquier jerife puede insultar al padre ó á la madre de un mahometano, y á los jerifes no se les puede condenar.

Para que los lectores se formen una idea exacta, relataremos dos hechos:

Un jerife mató á un europeo, y un pobre diablo se dejó prender como autor del hecho para dar satisfacción á la potencia á que pertenecía el súbdito.

En 1842, otro jerife disparó contra un francés. El Gobierno pidió que el autor fuese apaleado, y la sentencia no pudo ejecutarse sino con la amenaza de ser bombardeada inmediatamente la población.

Algunos jerifes se hacen pagar cara la veneración de que son objeto.

El grupo de afiliados se llama *zaonia*.

Prácticas exteriores.

La más poderosa de todas las Asociaciones es la *Taybiva*, uno de cuyos fundadores dice con orgullo:

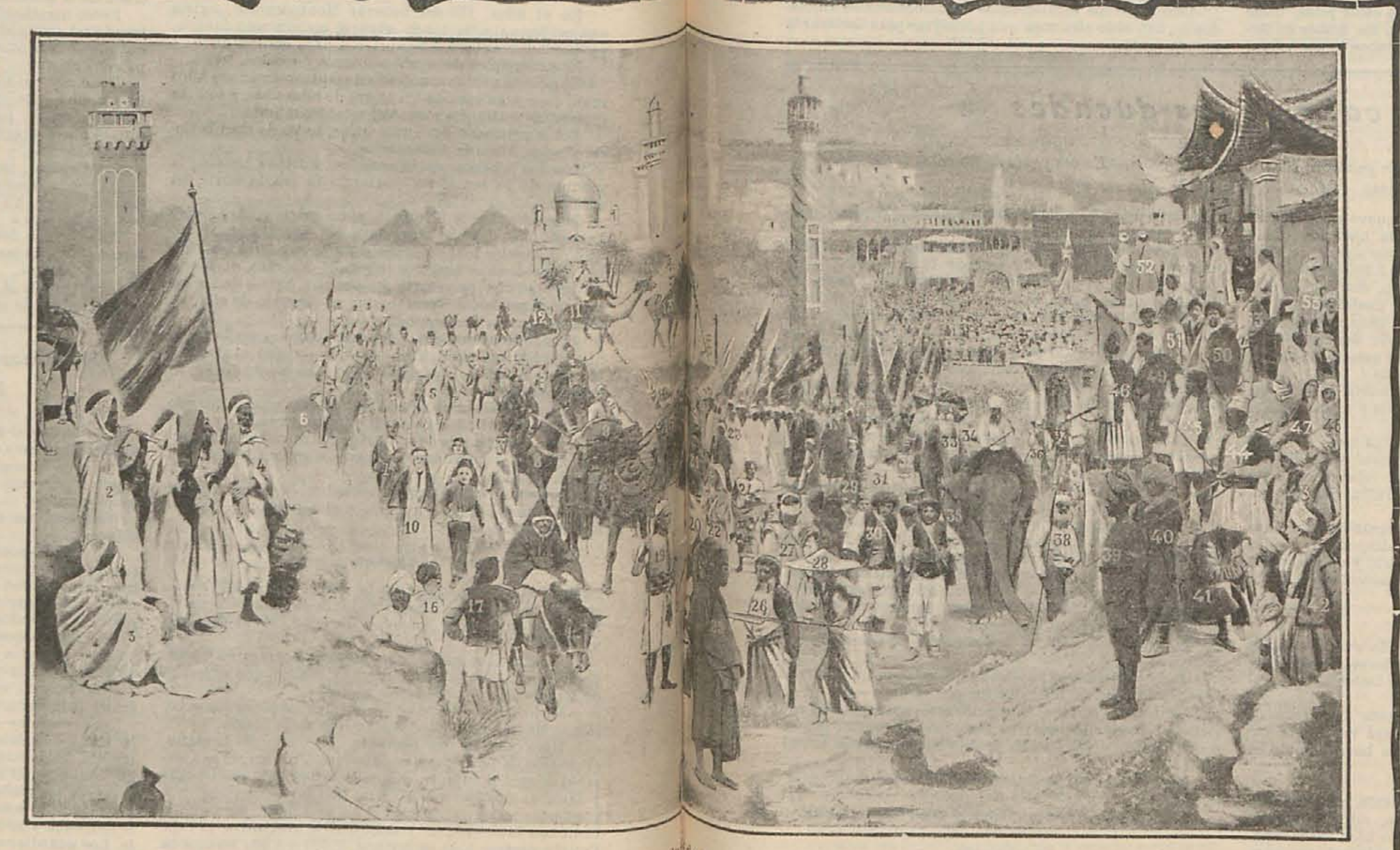
—Ninguno de nosotros será dueño del Imperio; pero ninguno lo tendrá sin nuestro concurso.

Y de hecho, el sultán está afiliado á esta Asociación, temiendo que los individuos afiliados á ella le nieguen en un momento dado la investidura moral.

Menos poderosa que la anterior es la de los Der-Raona, y sin embargo, es célebre y venerada en el mundo musulmán.

En las prácticas exteriores semejan á la masonería. Los afiliados se reconocen entre sí por gestos particulares y ciertas inflexiones de voz durante la plegaria. Ningún rico es admitido en sus asambleas con ropaje nuevo, á menos de desgarrarlo al entrar.

Viene después la Asociación



La raza musulmana se extiende por todas partes. He aquí los tipos más salientes de ella: 1.° Bedu[illegible] de Arabia.—2.° Marroín.—3.° Argelino.—4.° Kabileño.—5.° Caballería egipcia.—6.° Musulmán indio.—7.° Fellah egipcio.—8.° Congolés.—9.° Cimbelier.—10. Druso.—11. Habitante del S[illegible]ra.—12. Senegalés.—13. Mauritano.—14. Indostano.—15. Sirio.—16. Natural de Mozambique. 17. Samercando.—18. Yumanés.—19. Nubiano.—20. Musulmán de Zanzíbar.—21. Kurdo.—[illegible] Tripolitano.—23. Cairo.—24. Musulmán de Tomboctú.—25. Beluchistán.—26. Mascati.—27. Tonareg.—28. Musulmán chino de Cantón.—29. Guardia imperial del Sah.—30. Bosn[illegible]—31. De Birmania.—32. Cingalés.—33. Birmano.—34. Kroumir.—35. Indio de Calcuta.—36. Beluchistano.—37. Herzegovino.—38. Caucasiano.—39. Cachemiriano.—40. Turkestano r[illegible]—41. Boucariote.—42. Tunecino.—43. Dejerviano.—44. Albanés.—45. De Afghan.—46. Cretense. 47. De Sfax.—48. Rifeño.—49. Montenegrino.—50. Mollah persa.—51. Faristain.—52. Chin[illegible]—53. Mongol.—53 bis. Konetti.

célebre de los Aissaonas, cuyas prácticas son más conocidas. El origen es el siguiente:

Mohamed ben-Aissa, pobre y descendiente del Profeta, vivía en Mequinez hacia fines del siglo XV. Su popularidad hizo que llegase á ofender al sultán, que le expulsó. En seguida, la mayor parte de los habitantes dejaron la ciudad para seguirle, abandonando sus bienes, sus casas y sus campos.

Llegaron por fin á un sitio donde hubieron de detenerse, muertos de hambre, de sed y de cansancio, y pidieron al jefe que les diese de comer.

—Nutríos con lo que tenéis delante.

Y devoraron piedras, serpientes y escorpiones, que no les causaron daño alguno, gracias á la protección milagrosa del santo, y el santo continúa protegiendo á los fieles.

Por último, la más poderosa es la de los Senousya.

Admite en su seno á los miembros de otras Asociaciones, y así neutraliza el esfuerzo de éstas; su principal objetivo es la guerra santa.

El musulmán no cree en las victorias pacíficas. Sabe que solamente el levantamiento en masa del Islam podría darle el resultado que desea, y espera pacientemente.

Y para que se conozca el poder de estos jefes, baste decir que el impuesto legal que pagan los árabes en Argelia alcanza la suma de 7.500.000 francos, y por voluntad propia, como impuesto á sus Asociaciones, se elevó á la cifra de 16.187.092 francos en el año 1895.

Un jefe escribía á uno de los afiliados:

«Es preciso enviarme una caja de bujías de primera calidad, y además, os ordeno que me procuréis un ruiseñor, que le necesito con urgencia.»

Cómo se organiza la resistencia.

Todas las órdenes á los afiliados á estas sectas parten generalmente de la Meca y de Fez, las dos ciudades santas.

En 1875, se encontró á un emisario de la Meca que llevaba la siguiente orden:

«Oh jefe Ahmed, prevén á mi pueblo, que la hora ha llegado.»

Todos los movimientos producidos en Argelia contra los franceses, y en el resto de Marruecos contra los europeos, no han sido otra cosa que guerras santas parciales.

Abd el-Kader debía su prodigiosa popularidad al apoyo de la Asociación de Gadria, de la cual era su padre representante.

Casi todos los movimientos insurreccionales iniciados no han sido otra cosa que tentativas para declarar la guerra santa.

La casa de los duendes

En la ciudad de los cármenes.—Un policía en peligro.—El fantasma.—En compañía de las ratas.—Salvación milagrosa.—Se descubre el misterio.—La recompensa.

Hará próximamente unos ocho ó nueve años, que en ocasión de hallarme yo en Granada, la histórica ciudad de los cármenes, fué destinado allí un agente de Vigilancia, con el modesto haber anual de 1.500 pesetas.

Le conocía yo, hacía algún tiempo, de Madrid. Era un muchacho de familia distinguida, ilustrado, que por reveses de fortuna se vió precisado á ganarse el sustento, consiguiendo primero una plaza de aspirante en el Cuerpo de Policía de la corte con 1 000 pesetas de haber, y poco después una de 1 500 en Granada.

Ignoraba yo las calamidades que había sufrido; así es que me extrañó grandemente el verle y mucho más el relato de sus desventuras.

Su trabajo allí no era excesivo, y una tarde le invité á que me acompañase á comer; charlaríamos un rato recordando hechos pasados, que siempre rejuvenecen á los que vamos para viejos, y le haría olvidar por un momento las amarguras del presente.

Aceptó gozoso, comimos en mesa separada, para estar á nuestras anchas, y de sobremesa, después de agotar todo el repertorio de sucesos de Madrid y de hechos de nuestra vida pasada, recayó la conversación en la Policía.

La casa misteriosa.

Le pregunté si no había intervenido aún en ningún hecho que, por sus circunstancias, debiese ser relatado, y después de recapacitar durante unos instantes, me respondió:

—Sí; precisamente la noche siguiente á mi toma de posesión y el día siguiente fueron para mí de prueba. Mi bautismo de sangre ha sido de los buenos, pero he triunfado en toda la línea.

—Cuenta, cuenta.

—Verás. A mi llegada á esta población, me hablaron los compañeros de una casa misteriosa, situada cerca de los llamados callejones de Gracia. No hice caso, suponiendo que sería alguna broma, dirigida tal vez para probar mi temple; pero ante la insistencia de los policías contesté: «No creo en fantasmas ni apariciones; si los hay, deben obedecer á alguna causa que nadie ha descubierto, tal vez porque no lo han intentado; pero si alguien hiciese gestiones desaparecería el misterio.

Si los jefes me lo ordenan, ó por mejor decir, si me autorizan á que haga las gestiones propias del caso, mañana mismo me pongo en campaña.

—Pues mucho ojo—me replicó un inspector.—No es el primero que ha intentado realizar lo que usted y ha vuelto maltrecho y jurando no intervenir más en el asunto. Es más, hasta dos personas que desaparecieron el año último, se cree que fué en la casa de los duendes.

Uno de los policías que entraron fué arrojado á una cueva, de donde salió porque los guardianes se apiadaron de él, y pudo convencerse, antes de salir, que en la cueva había cráneos y huesos humanos. Es un hecho que recordará usted si acostumbra á leer la prensa, porque los periódicos se ocuparon de él con gran extensión.

—En efecto—respondí—; pero, si mal no recuerdo, la intervención de las Autoridades hizo que cesase la alarma. Se sellaron las puertas y...

—.. Y á los pocos días los sellos habían desaparecido.

—... Y se volvieron á sellar y se estableció vigilancia.

—Perfectamente, y una pareja de la Guardia civil fué comisionada para que vigilase todos los alrededores del hotel, y á los dos días pudo comprobar que se oían ruidos extraños y se veían ciertas fosforescencias en la azotea. La pareja atravesó el jardín inculto que rodeaba el edificio, y vió que los sellos estaban intactos. A los dos días los sellos habían desaparecido, y cuanto se ha hecho por averiguar la causa de los ruidos ha resultado infructuoso...

—Pero - interrumpí yo—ha debido hacerse un registro.

—Y se ha hecho. Tanto en la planta baja como en el piso principal, y no se ha descubierto nada. En los sótanos (si es que los tiene) no se ha podido entrar por la sencilla razón de que no ha podido tropezarse con la entrada.

—Pero si alguien ha estado en el sótano es que existe y...

—... Ese es uno de los misterios que rodean la casa.

En campaña.

Al llegar á este punto del relato hice una indicación á mi amigo para que suspendiese por un momento su historia, y pedí al camarero que nos llevase una botella de cognac y unos cigarros. Nos instalamos cómodamente en dos sillones de mi gabinete, encendimos un cigarro,

nos bebimos una copita y mi amigo reanudó la relación:

—Después de la conversación sostenida con el inspector, salí de la oficina sin saber qué hacer, dando vueltas en mi imaginación al hecho, y al llegar á la calle de la Duquesa penetré en el Gobierno y solicité autorización de mi jefe para que me permitiese desentrañar el secreto de la casa misteriosa. No dejó de hacerme un sin fin de recomendaciones y hasta me aconsejó que desistiese de mi empeño; pero no cejé, pues aparte de todo, hubiese resultado de muy mal efecto entre mis compañeros.

— Bueno, puesto que no puedo disuadirle, dígame qué necesita para intentar el descubrimiento del misterio.

— Nada. Que me indiquen el camino, únicamente.

—Venga usted mañana á la caída de la tarde ó un poco después, y haré que le indiquen el lugar en que está la casa de los duendes, digo, si no es que de aquí á mañana se arrepiente, en cuyo caso no hay nada de lo dicho.

—A las cinco de la tarde estaré aquí.

—Es inútil tan temprano. Los duendes no funcionan más que á altas horas de la noche. Todas las gestiones que se han llevado á cabo durante el día han sido inútiles; los ruidos, las luces, etc., etc., son siempre de doce de la noche á la madrugada.

—Una pregunta, y dispensa que interrumpa tu relato: ¿No hubiera sido un medio eficaz, para terminar con esa historia de duendes, derribar la casa?

—Ya se me ocurrió también y lo pregunté Resulta que el hotel, ó mejor dicho, la posesión del mismo está en litigio, y los Tribunales de justicia no han autorizado el derribo. Aunque policía novel, ya había caído en ello.

—Te auguro grandes éxitos, continúa.

—Todo se hizo tal como habíamos convenido, suprimiendo aquí ciertos detalles y medidas de precaución que se adoptaron, que desde luego no tienen importancia y que no servirían para otra cosa que para hacer interminable este relato. Y ahora continúo.

A las diez ó diez y media, y acompañado de otro agente emprendimos la marcha, pasamos por la calle de la Alhóndiga, entramos en la de Gracia, y, por último, en los callejones de este nombre.

Al salir de la población y como á unos 300 metros á la izquierda, me indicó mi compañero la casa misteriosa, completamente aislada, y una vereda que conducía á ella y por la cual se ahorraba bastante camino.

Antes de separarnos, invité á mi compañero á un vaso de cerveza en una posada allí próxima y se despidió de mí deseándome buena suerte y reemprendiendo el camino de Granada.

En el campo enemigo.

Seguí un momento con la vista á mi compañero, que no tardó en desaparecer, gracias á la marcha rápida que había emprendido, y yo, lo confieso ingenuamente, sin los mismos ánimos que hasta entonces había tenido, me interné en la vereda, no sin cerciorarme de que el revólver estaba cargado y funcionaba perfectamente. Tiré el cigarro y procurando hacer el menor ruído posible, seguí andando sin separar la vista de la casa misteriosa.

No recuerdo fijamente el tiempo que tardé en recorrer la vereda; pero sí me atrevería á asegurar que desde que entré en ella hasta que me hallé ante la verja que da acceso al jardín, habían trascurrido más de quince minutos.

La verja estaba entornada, y antes de penetrar me cercioré de nuevo de que el revólver estaba en su sitio, introduje la mano en el bolsillo y lo así por la culata.

Iba á jugarme el todo por el todo.

Registré los bolsillos y noté que la caja de cerillas no la tenía. Indudablemente se había quedado con ella mi compañero cuando encendimos el cigarro en la posada.

Era un gran contratiempo; pero ya me era imposible retroceder.

¿Qué diría yo á mi jefe si regresaba con aquel pretexto? ¿Cómo convencer á mis compañeros?

Uno y otros habrían achacado á miedo mi regreso, y no era eso lo peor: el gobernador estaría enterado seguramente á aquellas horas de mi excursión y hasta era probable que aguardase impaciente el resultado.

Convencido de que no había razón alguna para retroceder, empujé suavemente la verja con la mano izquierda, sin soltar el revólver de la derecha, que llevaba dentro del bolsillo de la americana.

No sé si fué ilusión ó si las circunstancias extraordinarias en que me hallaba contribuyeron á ello; lo cierto es que juraría que al empujar la verja y avanzar dos pasos en el jardín, sentí una especie de silbido prolongado, que hizo que me detuviese.

Miré en todos sentidos y no vi nada. La puerta de hierro había vuelto á quedar en la misma posición, y tal vez el rechinar de ella fué la causa del ruído que confundí con el silbido. Me hice esta explicación, que, á decir verdad, no me convenció gran cosa, y después de dirigir de nuevo miradas escrutadoras en todos sentidos y convencerme de que los duendes no se dignaban presentarse, continué avanzando.

— ¿Y si piensan cortarme la retirada? —pensé.

Pero como no era posible ya retroceder, lancé un suspiro, y volviéndome *todo ojos* seguí mi marcha y llegué á la puerta de la casa. Subí tres escalones de piedra cubiertos de verdina, con gran cuidado por lo resbaladizos que estaban, y coloqué la mano en el pestillo.

Como me habían anunciado los compañeros, noté que los sellos habían sido levantados, y á una ligera presión de mi mano cedió. Penetré y un olor á humedad muy pronunciado me hizo detener un momento.

¿Qué hacer? Se me olvidaba decir que llevaba una linterna, que me era inútil por no tener cerillas, así es que decidí seguir avanzando y que la casualidad me ayudase.

Otro detalle: lo mismo que me había ocurrido al traspasar la verja del jardín, me ocurrió al entrar en la casa. La puerta se había cerrado y el ruído misterioso que escuchara, la especie de silbido volví á oirlo, aunque con mayor claridad. Ahora no podía dudar.

Indudablemente, alguna persona vivía en la casa y tenía adoptadas sus precauciones para no ser sorprendido.

¿Quién era? ¿Y qué se proponía?

Todas estas reflexiones que me hacía *in menti*, hubieran sido aprovechables en otras circunstancias, mas en la situación en que me encontraba, eran inútiles; pero por lo menos, pensaba, si salgo bien de esta aventura, todas estas reflexiones no están de más, y para otra vez, si no lo consigo ahora, cosa que me parece bastante difícil, ya podré desentrañar el misterio.

Todo esto me hizo además reflexionar. ¿Debía retroceder ó continuar mi excusión? Ciertamente que ya no podrían dudar los compañeros de mi valor; pero, ¿cómo demostrar mi presencia en el interior de la casa?

No había más remedio que seguir, por lo menos hasta que encontrase algún objeto que pudiese servir para testificar mi presencia en la casa de los duendes.

Tentando las paredes, continué mi marcha con la mayor precaución posible.

Tropecé con un banco, hice rodar por el suelo una silla, que produjo un ruído formidable y que hizo que me detuviese un momento. Al ver que no aparecía nadie, después de unos instantes, toqué algo como una llave eléctrica y me creí salvado; dí vuelta por si así podía alumbrarme y..., fué cosa de un segundo, una intensa luz me deslumbró, dejándome ver la estancia toda cubierta de verdina. Fué instantáneo, pero aquella luz me permitió ver un corredor hacia el cual dirigí mis pasos con precaución.

La luz había surgido de aquel sitio, por allí indudablemente se podía aclarar el misterio; pero no había dado cinco pasos cuando sentí un golpe fuerte en las piernas, que me hizo perder el equilibrio y rodar por tierra...

UN CHISPERO.

(Concluirá.)

MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN

Dejó, pues, que el predicador continuase á su gusto la singular apología de la Inquisición, que duró unos veinte minutos; después de lo cual, terminada la misa, principió la lectura de las sentencias. Los dos primeros reos que fueron encerrados en las jaulas de madera colocadas entre los dos púlpitos eran Francisca de Lerma, la antigua abadesa de las carmelitas, y el desgraciaciado Herrezuelo, á quien hemos visto figurar con ella en la misma sesión inquisitorial.

Herrezuelo, fuerte y valiente hasta en la muerte, rehusó constantemente las exhortaciones del confesor que le habían dado, y cuando llegó al medio de la jaula en que debía oir su sentencia, el sacerdote le dirigió nuevas instancias, las que rechazó dulcemente diciéndole con amargura:

— Os abandono el cuerpo; dejadme al menos el alma tranquila.

Después escuchó su condena sin palidecer, y volvióse con valor á su sitio.

No sucedió así á Francisca, á quien faltó el valor ante el suplicio; y como era muy ignorante é incapaz de discernir lo falso y lo verdadero de una religión, las primeras impresiones de su juventud sobrepujaron, ó tal vez su naturaleza física, delicada y sensual, experimentó un pavor muy grande el suplicio atroz que le destinaban. Llegada á la jaula de madera, y en el momento en que el relator pronunciaba estas palabras: «quemada viva».

— ¡No, viva no! exclamó la infeliz abadesa—: yo me arrepiento: quiero morir como buena cristiana.

— ¡Alabado sea Dios!—exclamó el inquisidor general juntando as manos —, ¡he aquí una alma salvada!

Susl entrañas no se conmovieron con la agonía de la infeliz mujer que le debía su perdición.

Dos nuevos reos sucedieron á los primeros, siendo uno de ellos un hermoso y noble joven de Verona, llamado Carlos de Seso, hi o de una de las familias más distinguidas en Italia, que había; prestado eminentes servicios al emperador Carlos V; era docto y sabio, además muy rico, y enemigo acérrimo de la Inquisición.

Al pasar por delante del balcón real, lanzó al emperador una mirada de reproche y compasión, que parecía decir:

—¡Este es el hombre á quien llaman grande!...

Cuando se hubo arrodillado en la jaula, pidió tinta y papel para escribir su confesión, y se apresuraron á complacerle por manos de un sargento de la Inquisición. Después de haber escrito, leyó en alta voz; pero con grave disgusto de los inquisidores, porque aquella confesión estaba arreglada á la célebre confesión de Augsburgo.

—¡Basta! ¡basta!—exclamó el inquisidor para obligar á que callara el valiente reformista; pero don Carlos continuó con voz atronadora:

—Declaro que quiero morir en la religión de Lutero, que es la verdadera fe del Evangelio, y no en la religión romana, doctrina corrompida, que el clero católico ha acomodado á sus vicios.

—Que pongan una mordaza á ese hombre—dijo Pedro Arbués—; escandaliza á la Iglesia de Jesucristo.

Obedecieron los esbirros, y don Carlos de Seso, obligado á callar, escuchó su sentencia sin palidecer.

Entretanto, en la jaula inmediata á la suya, Francisco Domingo de Boxas, anciano sacerdote dominico que había demostrado tanto valor en la audiencia en que le hemos visto, guardaba un silencio obstinado y rehusaba responder al sacerdote que le exhortaba.

Llegado el momento de leer su sentencia, escuchó hasta el fin sin decir nada, sin manifestar el menor miedo de la muerte; pero al bajar del cadalso, volvióse hacia el rey gritando:

— Muero por la verdadera fe del Evangelio, que es la de Lutero.

Mientras que don Carlos de Seso y Domingo de Boxas bajaban del cadalso para ir á la hoguera, los atormentadores, armados de grandes clavos y un martillo, se acercaron á una enorme cruz de madera que había en el cadalso, apoyada sobre dos toscos bancos.

En aquel momento condujeron delante de esa cruz á diez herejes judaizantes condenados á las llamas. Esos infelices pusieron cada uno en la cruz una mano, que fué clavada sin piedad, en expiación, según decían los inquisidores, de la crucifixión de Jesús.

Cuando el clavo penetró en las carnes, los desgraciados dieron un aullido terrible; pero los atormentadores, sin conmoverse, continuaron clavando con la mayor sangre fría del mundo. En este estado, del que no los sacaron hasta el momento de llevarlos á morir, se les leyó la sentencia.

Siguieron luego un sacerdote y un criado, después dos religiosos condenados á las llamas y á la estrangulación; después, por fin, tocó la vez á los condenados á galeras y á cárcel perpetua ó simplemente á azotes.

Entre éstos se notaba á Guillermo Franco, marido infeliz, condenado á cárcel perpetua por no haber querido sufrir en su casa á un sacerdote que había seducido á su mujer.

Mientras se leía la sentencia de estos últimos, los condenados al fuego habían vuelto á ocupar su puesto.

La multitud redobló la atención y el recogimiento.

El rey Carlos V permanecía meditabundo y sombrío; un gran pensamiento parecía ocupar aquel espíritu profundo, aquel genio audaz, que tal vez no cometió más que una falta: la de someter demasiado los hombres y las cosas á su interés particular; el exceso de su despotismo y de su ambición le hizo constantemente esclavo. Nació con un espíritu recto, vasto y justo. Carlos V se sometió casi constantemente á las exigencias de Roma porque creyó indispensable el concurso de Roma para el sostén de su poder. Error muy grave de los reyes, que en todos tiempos los ha perdido.

El terrible espectáculo de un grande auto de fe al cual Carlos V asistía por la primera vez, le hacía á la sazón adivinar una gran parte de los abominables abusos de la Inquisición, sobre los cuales le habían tantas veces engañado. Tal vez en aquel momento nacía ya en su alma el proyecto, que ejecutó un año más tarde, de quitar al Santo Oficio la jurisdicción real y desterrar al inquisidor general de Castilla, Alfonso Manrique.

Algunos pretenden que este gran rey se inclinó en los últimos años de su vida á las doctrinas reformadas, que había tan vivamente combatido, y después de su muerte se encontraron en la celda del monje de Yuste una multitud de inscripciones que atestiguaban una tendencia muy pronunciada á la religión luterana. Por fin, el relator acabó la lectura de las sentencias y el sacerdote continuó la misa.

Concluída ésta, Pedro Arbués se levantó y pronunció en alta voz la absolución de los que se habían arrepentido.

Mientras tanto, todos los que habían sido condenados á ligeras penitencias volvían á la cárcel del Santo Oficio, escoltados por arqueros de la Santa Hermandad; los cuales no debían oir su sentencia hasta al día siguiente ó algunos días después.

Entretanto, las infelices víctimas condenadas á las llamas habían llegado al lugar del suplicio; Pedro Arbués, siempre orgulloso y altanero bajo su humildad de sacerdote, ostentaba una majestad real mayor que el monarca mismo. En aquel momento gozaba el doble triunfo del orgullo y de la crueldad. Sin embargo, el rapto del gobernador de Sevilla le inquietaba mucho. Su venganza se le escapaba en el momento en que iba á satisfacerla. El feroz dominico meditaba ya nuevos suplicios para la valiente joven que le había resistido. Toda su cólera se acumulaba contra Dolores El insensato ignoraba que en aquel mismo momento la presa acababa de escapársele.

José investigaba con su mirada aquella fisonomía, en la cual estaba acostumbrado á leer desde mucho tiempo; sombrío y desdeñoso, ocultaba bajo una impasibilidad completa los prolongados latidos de su corazón; pero el que hubiera contemplado atentamente su noble rostro, fácilmente hubiera visto brillar en sus ojos la fiebre que le devoraba.

(Continuará.)

Criminales célebres.



Gabriela Bompard.

En Islandia no existen cárceles ni presidio. Los habitantes de aquella zona de la tierra son perfectamente honrados.

No existen cerraduras en las puertas, ni hay Policía.

Desde tiempo inmemorial, sólo se conocen dos robos: uno se cometió en un invierno muy crudo por un individuo manco y cuya familia no tenía que comer.

El otro lo cometió un alemán, que robó diez y siete ovejas, y al que los vecinos condenaron, vendiéndole sus propiedades y arrojándolo del país.

Mujer secuestrada

El hecho ha ocurrido en Niza. Un compositor de música, muy conocido en aquella población, llamado Emilio Hunck, de treinta años, de nacionalidad alemana, ha sido detenido, acusado de tener secuestrada á su mujer durante seis meses.

Emilio Hanck llegó á Niza hace cinco años. Dotado de gran talento y de carácter afable, no tardó en hacerse con numerosas relaciones.

La vida del matrimonio no dejó de intrigar á los vecinos desde hace algún tiempo. El marido no salía nunca con su mujer, pasando fuera de su casa todo el día y en los últimos, no aparecía por el domicilio sino en muy contadas ocasiones.

En cuanto á la mujer, nadie la veía, sospechando todo el mundo que se hallaba ausente.

No tardó la Policía en recibir anónimos en los que se le manifestaba que la mujer estaba secuestrada, y en vista de la insistencia, dos agentes de la Seguridad detuvieron á Hanck, conduciéndole á la Comisaría.

Poco después, el sustituto, el juez de instrucción y el comisario de la Seguridad se dirigían en sus coches al domicilio del músico, siguiendo en otro carruaje Hanck con dos agentes.

Al llegar á la puerta del piso, quiso abrir el inquilino, cosa que no consintieron las autoridades sino después de llamar y ver que no respondía nadie.

En el piso encontraron en una habitación obscura, que despedía un olor nauseabundo, á la mujer del artista, echada en una cama.

El aspecto de la víctima no podía ser más deplorable, y su debilidad tal, que sólo contestó con palabras incoherentes á las preguntas que le dirigieron.

En un carruaje fué conducida al hospital y su estado es tal que los médicos desconfían que pueda salvarse.

El marido ha sido conducido á la cárcel.

En San Petersburgo, una banda de ladrones utilizaban la luz eléctrica para realizar los robos.

Se valían de los hilos de la luz instalada en el edificio, y con ellos conseguían fundir el metal de la caja y abrir los agujeros necesarios para desprender los cierres.

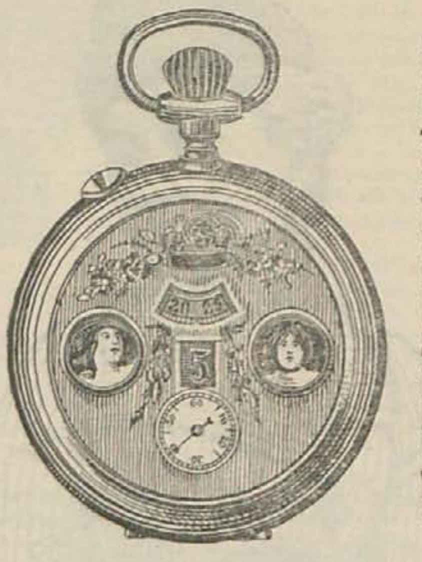
Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, Fuencarral, 59. — Madrid.

Con una fotografía, 33,50 ptas. en 5 ó 6 plazos.



En 5 ó 6 plazos, con dos fotografías, 35 ptas.

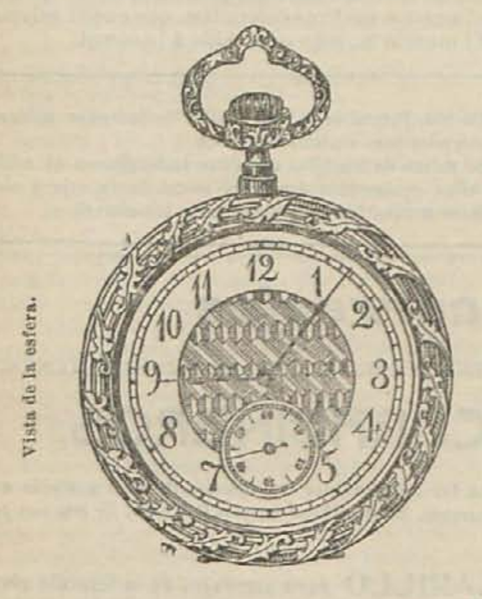


El maravilloso reloj automático.

La última novedad, sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad; máquina fuerte, de áncora precisión. Tiene una y dos aplicaciones fotográficas, con cerquillo-medallón, se puede abrir y poner la fotografía que se quiera guardar como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. Thierry.

Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.



Vista de la esfera.



Vista del dorso.

El Precioso.

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increíble en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal símil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, y máquina fina garantizada.—Se hacen con distintos dibujos

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos.

Advertencia. —Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.